

COMENTARIOS MEDICOS

"Nueva York, febrero 6 de 1941

Señor profesor Jorge Bejarano.—Bogotá.

Mi querido amigo:

Tengo el gusto de referirme a su amable carta del 29 del mes pasado, con la cual me remitió sus "Comentarios Médicos", que se ocupan del trascendental problema del paludismo en sus relaciones con el cultivo del arroz. Los leí con grandísimo interés y me complace que haya hombres de ciencia como usted que dediquen sus preocupaciones y desvelos a estos asuntos que constituyen la base fundamental de nuestro progreso y la salud y la vida de nuestro pueblo.

No hay duda ninguna de que las condiciones que requiere para su éxito el cultivo del arroz, reúnen los elementos más favorables para que florezca la perniciosa plaga de mosquitos propagadores del paludismo. La humedad del terreno con sus depósitos de agua estancada, la temperatura del clima, la ignorancia de los habitantes de esas regiones, el descuido de todos los que en ellas buscan el salario remunerado en cambio de la pérdida de la salud, el abandono de todos los preceptos que la higiene aconseja para evitar estos males, y que debieran constituir la base fundamental de todas estas empresas, son la causa del fracaso de todas ellas.

La protección del elemento humano, que requiere la selección del personal fuerte y sano, su alojamiento en condiciones que lo coloquen al abrigo de sus mayores enemigos (el parasitismo en todas sus formas), su alimentación apropiada y su educación que le inculque las nociones elementales para que procure conducir su vida evitando los peligros que a cada instante lo acechan, debe ser objeto de honda meditación de las entidades oficiales encargadas de velar por el bienestar y la salud de nuestros trabajadores.

Muy cierto es, como usted lo anota, que va ya casi para cuarenta años que al iniciar el estudio de la anemia tropical en Colombia me tocó indicar las bases esenciales para la lucha contra esta plaga, que continúo considerando como el problema que tiene mayor trascendencia para la vida de nuestro país.

¡Cuántas veces he lamentado no haber nacido con temperamento de apóstol y con las energías que se requieren para llevar a su plena

realización esa campaña! Hubiera merecido la satisfacción de un deber cumplido y la gratitud de un pueblo: máxima aspiración de los que nos preocupamos por la salud y el bienestar humanos.

Ha emprendido usted una lucha digna del más entusiasta aplauso. Felizmente nuestro gobierno se preocupa ahora más que antes por estos problemas nacionales. La alimentación del pueblo, la vivienda campesina, la protección de la infancia, la educación popular, la higiene individual, lucha contra la anemia tropical, lucha antipalúdica, lucha contra el parasitismo en todas sus formas, para no citar sino los más importantes, serían suficientes para que a ellos consagraran su vida, sus energías y sus esfuerzos otros tantos apóstoles. No dudo que usted, como profesor de higiene, como iniciador y propulsor de estas ideas y de estas campañas, consiga formar y seleccionar entre sus numerosos discípulos el grupo que, dotado de las cualidades y conocimientos que tan altos y nobles ideales requirieren, logre llevarlas a buen término y a su plena y satisfactoria realización.

Hago votos por el pleno éxito de esas empresas, por su completa salud y bienestar personal y por la de su muy estimable familia.

Su adicto amigo,

Roberto FRANCO F."

* * *

La sola carta que antecede, procedente del profesor Roberto Franco, cuya autoridad en materias tropicales es aquí indiscutible como en el exterior, bastaría para respaldar todos mis puntos de vista en la campaña que adelanto para que el cultivo del arroz no constituya mañana una grave amenaza a la salubridad pública.

Pero resulta que mis dos artículos anteriores sobre esta materia han despertado casi un plebiscito nacional, en el que se me hace saber la razón que me asiste para solicitar que el ministerio de higiene no dilate más la adopción de medidas que eviten con tiempo la discriminación de la malaria.

Cartas y telegramas de gentes que no son científicas, pero cuya observación y experiencia por vivir en las regiones hoy invadidas por el arroz, valen tanto como la de cualquier científico. Sería innecesario reproducir esas opiniones. Pero sí valen la pena y la ocasión se conozcan las observaciones de un funcionario de sanidad que escribe desde Cúcuta y cuyo nombre me reservo. Dice así:

"Como funcionario de sanidad rural, recorro el corregimiento del Zulia desde hace ya bastante tiempo. Las infestaciones anofélicas habían bajado al mínimo, debido a tenaz campaña antilarvaria y ello a pesar de los remansos que deja el río que da su nombre al corregimiento, y estar éste rodeado por fincas todas de regadío. El pro-

fesor Luis Patiño Camargo puede dar testimonio del alto índice larvario-anofélico cuando él emprendió su eficaz campaña contra el mosquito por estas regiones. Hoy, debido a la siembra de varias cuerdas de arroz a trescientos metros de distancia del pueblo, los anófeles están haciendo de las suyas entre los habitantes, cuyo censo último dió cerca de tres mil personas.

“Como datos curiosos, le refiero dos: Primero, en este lugar se halla acantonado el regimiento de caballería “Maza”, cuyos componentes son elementos reclutados en Tunja y sus alrededores. Al poco tiempo de llegados aquí, presentan manifestaciones palúdicas; segundo, tengo al alcance de mis manos una recopilación completa sobre disposiciones sanitarias y no encuentro una sola en qué basarme para dictar una resolución de carácter local que prohíba en lugar tan cercano al poblado de la siembra de arroz, ni conozco tampoco hasta la fecha qué puede usarse para evitar el desarrollo larvario sin perjudicar la siembra”.

En nombre, pues, de las regiones ya sometidas al martirio del paludismo y de las que mañana también lo serán, corro traslado de estos dos insuperables documentos aquí transcritos, al ministerio que se llama de la “higiene y la previsión social”.

* * *

Con la muerte del doctor Augusto Hoyos Frade —mi grande y buen amigo— desaparece la clásica estampa de un agudo clínico y del médico de familia. Del médico de familia, es decir, de este raro profesional que todavía hoy sobrevive a la moda del médico especializado que desalojó aquel consejero y guía de nuestra organización familiar. La medicina americana, creando las mil y una especializaciones, borró también la figura del clínico general, cuya intervención no se limitaba al solo enfermo, sino a todo el medio familiar. Lo poco productiva de esta forma de la medicina —en realidad la más científica y la más acatada por los mismos especialistas— va dejando huérfanas de médicos internistas las filas de los que todavía nos mantenemos en ellas. Los muchachos todos, aun antes de recibir el diploma, ya tienen marcada su especialización y contabilizado su rendimiento. Y resulta que en un país pobre, de mil dolencias tropicales, donde la mortalidad infantil causa pavor, todos son cirujanos, parteros, ginecólogos o urólogos o especialistas de órganos de los sentidos.

Pero en los mismos Estados Unidos, donde se hizo esta dicotomía de la medicina, se añora hoy al médico general, al “médico de familia” y se trata de volver a restituirlo en su lugar científico y en su función social. Tarde todo esto, pero al fin y al cabo es una rectificación a los caminos equivocados de la medicina contemporánea.

Conocí al doctor Hoyos Frade siendo aún estudiante de medicina, cuando él ejercía su profesión con la abnegación y celo de siempre, en el viejo barrio de Chapinero. Lo veo atravesar en su caballo las calzadas de aquel barrio y lo veo también en las mismas calles coloniales de esta Santafé, hoy horadadas y estridentes por pitos y motores. Su clientela fué muy vasta allá como en la urbe y son millares los niños que él vió nacer, los que luego cuidó, y millares también los adultos y ancianos a quienes prodigó sus solícitos cuidados.

Ejerció su profesión con ciencia y conciencia. Por esto tuvo un éxito que conservó hasta sus últimos días. La ejerció durante casi medio siglo con el mismo entusiasmo y la misma abnegación de los primeros años. Le vi llegar a la casa del enfermo bajo todo tiempo y a toda hora del día o de la noche. En el doctor Hoyos Frade se sumó la bravura de los predestinados a una vocación.

Como Machado y Fajardo Casas, no tuvo cátedra alguna porque, como ellos, no la ambicionó. Pero todos sus colegas que tuvimos ocasión de oírlo muchas veces en la cabecera del enfermo, sabíamos que al igual de aquellos otros dos profesionales, él ejercía una cátedra desde la alta cumbre de la moral científica.

Jorge BEJARANO